

“MÁS QUE CLIENTES, TENEMOS AMIGOS. MÁS QUE COMPETIDORES, COLEGAS”

Leandro Rodríguez

Los orígenes

Mi padre, Julio Rodríguez, nació el 3 de octubre de 1946 en Balcarce. Estudió en la escuela industrial, donde se recibió de técnico mecánico. A los veinte años, estaba al frente de un taller junto a Ismael Chávez, un tío materno. Diseñaba y fabricaba máquinas.

Ya con esa experiencia laboral, a los pocos años decidió que quería emprender su propio proyecto, y abrió un taller para la fabricación de máquinas agrícolas especializadas en el cepillado de papas.



Ismael Chávez, mi tío materno y Rodolfo Martino, mi abuelo materno.



Ismael Chávez, Rubén Chávez y Julio Rodríguez junto a una clasificadora de papas. Año 1966.

Así en 1970, nació la empresa Julio Rodríguez, dedicada a ese tipo de maquinaria y también a las tareas de herrería, adaptándose a los vaivenes de un país en el que hacer industria es bastante complicado. Cuando la crisis no permitía fabricar máquinas, la actividad se orientaba a la reparación.

Segunda generación

Nací el 18 de mayo de 1977 en Balcarce, como el menor de los tres hijos de Julio Rodríguez y Silvia Martino.

Estudí en la escuela técnica. Me recibí en el '95, justo en medio de la crisis del efecto Tequila, con la empresa de mi padre en serias dificultades.

Todos los hermanos entramos a colaborar, haciendo tareas de operarios. Con el tiempo, la empresa se recuperó y volvimos a avanzar, siempre padeciendo las dificultades de la inestabilidad de la economía argentina.



El casamiento de mis padres, con mis abuelos como testigos, y una tía paterna.

En 2005, con mi hermano Mariano y mi padre decidimos armar una nueva sociedad, para dar un nuevo marco legal al trabajo que veníamos haciendo.

Empezamos a sumar nuevos productos, como máquinas para cosechar cebollas, batata y otras maquinas para zanahoria, así como también tareas suplementarias con ellas.

A partir de 2013, con mi hermano y mi padre decidimos cada uno seguir por su lado. Mi hermano u mi padre se quedaron con la producción de repuestos y otros maquinas y yo continué con las máquinas de post cosecha para papas, cebollas, zanahorias y batatas.

Decidí empezar una nueva etapa, enfocándome en la fabricación de productos de acero inoxidable.

Procemaq, hoy

Actualmente, Procemaq es una empresa reconocida en la producción de máquinas agrícolas.



La fábrica de Procemaq.



Hacemos equipos para almacenamiento de papas, clasificadoras, cepilladoras de papas, cortadoras de papas para siembra, líneas de acondicionamiento de cebollas, lavadoras de papas y hortalizas en varios modelos, cintas transportadoras y continuamos con nuevos desarrollos de productos.

Nosotros mismos diseñamos, ensamblamos e instalamos los equipos. Nuestras máquinas están adaptadas a las necesidades del cliente. Es que cada uno tiene necesidades distintas, según el tipo de clasificación o limpieza que requiera para su producto. Algunos clientes están acostumbrados a trabajar sus productos de determinada manera y nosotros tenemos que adaptar nuestra máquina a ese tipo de tratamiento.

Ofrecemos nuestras máquinas en combinación con equipos de firmas extranjeras, para brindar una solución integral al cliente.

Hoy somos diez los que integramos el equipo de trabajo. También tercerizamos una parte importante del proceso de producción en otros talleres, completando un grupo de trabajo amplio y con un mismo objetivo, lograr un producto de excelente calidad.

Competimos mano a mano con las máquinas importadas, sobre todo en la maquinaria de post cosecha, como las lavadoras.

Trabajamos en una fábrica de 550 m², que incluye una oficina técnica, donde trabajan ingenieros y diseñadores industriales. Ricardo Rodríguez, nuestro vendedor, me acompaña en el manejo de la empresa, junto con Rosana García que se ocupa de la administración.

Somos muy conscientes del cuidado del medio ambiente. Tomamos recaudos en la utilización de ciertos productos como solventes, pinturas y ciertos líquidos para tratamiento de los materiales.

Nos presentamos en ferias vinculadas con el cultivo de papa y de cebolla. Son ocasiones para poder mostrar la excelencia de nuestros productos y al mismo tiempo ponernos al tanto de las innovaciones de nuestros colegas.

Gremialismo empresario

Mi padre participó en pocas actividades de gremialismo empresario, pero yo decidí involucrarme un poco más. Formé parte de la Cámara de Comercio de Balcarce y continuó cerca de las cámaras afines.

Desde la radicación de una filial de ADIMRA en Mar del Plata empezamos a vincularnos. Participamos en cursos y reuniones en la cámara metalúrgica.



Con Natalia, mi esposa.

Nos aporta formación y comunicación con otros colegas. Nos abre la cabeza y nos permite entender que muchos de los problemas que enfrentamos son comunes para toda la industria.

No tenemos competencia, sino colegas. Todos tenemos que remar juntos para impulsar la industria nacional.

El futuro

Estoy casado con Natalia Campolietto. Tengo tres hijas: Abril, de once años; Ángela, de diez y Eloisa, de seis.

Cuando no trabajo, me gusta pasar tiempo con mi familia y participar en la iglesia. También me gusta jugar al básquet y al paddle. Pero hay otra actividad que me encanta: hacer asados.

Diseñar un asado es un proceso parecido a cómo diseñamos los productos. Lo pienso, lo imagino y después tengo que cumplir con las etapas para alcanzar el fin buscado.

Más que clientes, tenemos amigos. Más que competidores, tenemos colegas. Aunque pueda parecer rara la comparación, cada máquina que hacemos es como un hijo.



Con Abril, Ángela y Eloísa, mis hijas.

A los setenta y dos años, mi padre todavía sigue trabajando. Va al taller todos los días, hasta los domingos. Fue un creador de muchas cosas, muchas máquinas y productos nuevos, y todavía sigue vigente. Me transmitió que, ante cada problemática del cliente, hay una oportunidad para diseñar un producto.

Mi padre es un gran ejemplo. Tiene un empuje y una garra increíbles. Siempre fue un luchador. Ahora es el tiempo de nosotros, los más jóvenes. La responsabilidad recae en nuestra propia potencia creativa y de trabajo para honrar a los que, como mi padre, nos abrieron camino en el mundo de la metalurgia. Un camino duro como el metal, pero siempre apasionante.